**Quinto domingo/C**

***Dejándolo todo lo siguieron***

Las tres lecturas de hoy nos presenta a tres hombres: Isaías, Pedro y Pablo. Tres personajes escogidos por Dios, llamados por Dios, que supieron responder a Dios: "Aquí estoy, Señor. Envíame", le respondió Isaías, a quien vemos en la Primera Lectura (Is. 6, 1-8); en el Evangelio vemos a Pedro, acompañado de Santiago y Juan, quienes "llevaron las barcas a tierra, y dejándolo todo, lo siguieron (Pedro, Santiago y Juan)" (Lc. 5, 1-11)y, en la segunda Lectura vemos a Pablo, que en el camino de Damasco le dice al Resucitado: "¿Qué debo hacer, Señor?" (Hech. 22, 3-16).

La experiencia de Pedro guarda una profunda semejanza con la del profeta Isaías, descrita en la primera lectura. En una visión Isaías se encuentra cara a cara con Dios, el Santo. Ante el Señor percibe con intensidad la realidad de su propio pecado, su impureza y su indignidad ante la elección divina: "¡Ay de mí, estoy perdido!", exclama Isaías. El temor se apodera de él. ¡La santidad de Dios denuncia su impureza, su pecado! ¿Cómo puede lo impuro mantenerse en la presencia del Santo? Pero Dios procede a retirar su culpa y purificar sus labios con una brasa ardiente. Si bien Isaías no es digno, Dios lo hace digno, lo purifica para que pueda responder al llamado y a la misión de hablar en su Nombre.

Tampoco Pedro se considera digno de estar en la presencia del Señor Jesús, de seguirlo. Pero el Señor Jesús no se detiene ante el pecado de Pedro. Él conoce bien de qué barro está hecho, conoce sus pecados, sus miserias y debilidades, sabe perfectamente que no es digno de Él, incluso sabe que lo va a negar y traicionar, pero su mirada va más allá de todo eso: el Señor Jesús mira su corazón, sabe que ha sido formado desde el seno materno para ser "pescador de hombres", para ser apóstol de las naciones, para ser "Pedro", la roca sobre la que va a construir su Iglesia, y teniendo todo ello en mente lo alienta a no tener miedo de mirar el horizonte y asumir la grandeza de su vocación y misión.

Todos, cada uno en su ambiente, en su vocación específica, hemos sido llamados por Dios a la misión, a establecer el Reino…. No sólo para 'salvarnos' nosotros mismos, sino para ayudar a otros a liberarse de tantas ataduras, a conocer mejor la verdad, a gozarse en la salvación de Dios y acogerla. Eso no se refiere sólo a la

vocación sacerdotal o para la vida religiosa. Todo cristiano es testigo y colaborador de Cristo en este mundo, para con las personas que están bajo su círculo de relación: un niño puede ayudar a sus compañeros, una joven puede ejercitar una influencia benéfica y constructiva en su ámbito de amistad y de trabajo, los hijos para con los padres, y los padres para con los hijos, pueden ser testigos elocuentes de fidelidad y autenticidad humana y cristiana. Los varios servicios y ministerios en una parroquia o comunidad son una vocación para ayudar a los demás.

También puede aparecer en la vida de los llamados de hoy la tentación del desánimo, porque somos débiles. Sin embargo, con una actitud de humildad y de generosidad, la reacción debería ser la de Isaías: aquí estoy, mándame: y la de Pedro: soy un pecador; y la de los discípulos: dejaron todo y le siguieron.

Cristo sigue manteniendo su llamada, asegurándonos su ayuda: no temas, desde ahora serás pescador de hombres. Y la pesca puede ser que llegue a prodigiosa. También en un mundo que no parece tener muchos oídos para el anuncio de la salvación de Cristo.

También a nosotros el Señor, profundo conocedor del corazón humano, nos dice: "¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo a la verdad sobre ti mismo, esa verdad que requiere que mires cara a cara y aceptes con humildad tu propia debilidad, tu miseria e incluso tus pecados más vergonzosos y terribles, pero verdad que va más allá de tu "soy pecador"! Jesús hoy nos dice: ¡No tengas miedo de descubrir en Mí tu propia grandeza y dignidad, tu verdadera identidad, el sentido de tu vida, tu vocación y tu hermosa misión en el mundo!".

Los llamados a la vida sacerdotal o religiosa, los llamados a la vida matrimonial o a la vida de soltería, podemos responder y ofrecernos, desde nuestra vocación al Señor con estas palabras:

*Aquí estoy, Señor. Quiero ir en tu nombre adonde tú quieras.*

*Me pongo en tus manos como el barro en las manos del alfarero.*

*Haz de mí un testigo de la fe, para iluminar a los que andan en tinieblas; un testigo de esperanza, para devolver la ilusión a los desencantados; un testigo de amor, para llenar el mundo de solidaridad.*

*Aquí estoy, Señor, mándame.*

*Pon tu palabra en mis labios, pon en mis pies tu diligencia y en mis manos tu tarea.*

*Pon tu Espíritu en mi espíritu, pon en mi pecho tu amor, pon tu fuerza en mi debilidad y en mi duda tu voluntad.*

*Aquí estoy, Señor, mándame para que ponga respeto entre los seres, justicia entre los hombres, paz entre los pueblos, alegría en la vida, ilusión en la Iglesia, gozo y esperanza en la misión.*

**Padre Félix Castro Morales**

**Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)**